

GREGORIO KLIMOVSKY Y LAS DESVENTURAS DEL CONOCIMIENTO CIENTIFICO

EDUARDO FLICHMAN

Son muchos los cursos, seminarios, conferencias con que nos ha enriquecido Gregorio Klimovsky a lo largo de varias décadas. Al principio fue la lógica, la teoría de conjuntos y la fundamentación epistemológica de las ciencias formales; luego le tocó el turno a la epistemología de las ciencias naturales y también llegó puntualmente la de las ciencias sociales y la tecnología, junto con la historia de la ciencia. Pero no conforme con todo esto, penetró en el terreno ríspido de la epistemología del psicoanálisis. Obviamente sus discípulos hemos sido muchos y variados, según la temática en que nos tocara abreviar.

Pero a lo largo de los años, se generaba una necesidad. Todos teníamos apuntes, grabaciones, desgrabaciones de sus charlas. También poseíamos artículos que presentaban y desarrollaban algunas de sus ideas. Pero faltaba reencontrarnos con todo ello en la obra unificadora y sistemática. La obra que sintetizara aunque solo fuera parte, pero una parte importante, de lo mucho producido intelectualmente a lo largo de tantos años fecundos. Hacía falta un texto que fuese, además, mucho más que un manual para estudiantes o para docentes.

Las desventuras del conocimiento científico es mucho más que un manual. Nos enfrenta no sólo con *información* sino con *opinión firmemente sustentada*, lo cual nos permite concordar o disentir, cosa que no sucede con los manuales. Pienso que el título es una magistral síntesis del contenido. No nos habla de la "aventura" del conocimiento científico. Desarrollaré una interpretación personal del título y, por lo tanto, de la obra, interpretación que no sé si será la del autor, pero que es, sin lugar a dudas, la de uno de sus lectores.

Para ello intentaré diferenciar el pretendido saber fundamenalista, del más modesto y humilde saber de la ciencia contemporánea. El *fundamentalismo*, arrastrando su nuevo nombre con que la moda y también la necesidad han reemplazado los antiguos "dogmatismo" y "fanatismo", con nuevas connotaciones ligadas a las problemáticas actuales, impregna los cauces intelectuales de nuestro siglo como los impregnara en la Edad Media, y en muchas otras épocas pasadas. A veces se trata de "iluminados" que nos acercan benévolamente la *verdad*. Pueden ser profetas que traen la verdad revelada o pueden ser ellos mismos los dioses que nos la revelan. Puede ser un Moisés que nos trae las Tablas de la Ley entregadas a él por Dios o puede ser Dios mismo que baja de su morada proveyéndonos de la verdad.

Si dejamos de lado el conocimiento artístico y filosófico, el tecnológico y el conocimiento que nos aporta el sentido común, la historia reconoce tres fuentes de pretendido conocimiento: la religión, el pensamiento mágico y la ciencia. Los tres han reconocido dogmas; pero la ciencia comienza a liberarse de ellos en el presente siglo. Luego de los golpes a su omnipotencia, dados especialmente por las revoluciones relativista y cuántica, así como por graves dificultades en relación con la fundamentación de las ciencias formales, son pocos ya los científicos que suponen que están a punto de encontrar la verdad absoluta, como se pensaba a fines del siglo pasado. Los científicos contemporáneos, vistos por los epistemólogos contemporáneos, se han vuelto humildes. Trabajan con conjeturas. Evitan la idea de *verificación* en sentido fuerte. Se conforman modestamente con la *corroboración* o con la *confirmación probabilística*. Sus teorías están siempre suspendidas bajo la espada de Damocles de la posible *refutación* o del posible rechazo. Vemos que con el advenimiento de la modestia científica, el fundamentalismo científicista está en franco retroceso.

Dicha evolución hacia la modestia, por parte del pensamiento científico, ha generado el vicio opuesto: el extremismo relativista de, por ejemplo, ciertos posmodernistas o de los adherentes a la llamada *New Age*. De lo que éstos no se percatan es de su fundamentalismo. El mejor indicio de la presencia del fundamentalismo es el atrincheramiento. La dificultad para escuchar a los que disienten con ellos. La firme vivencia de poseer la verdad, aunque sea la verdad de que no existe la verdad. La necesidad de adoctrinar a los demás en su dogma y de considerar enemigo y satanizar al que no se deja seducir.

Todas estas ideas, relacionadas con la modestia de la nueva ciencia, impregnan el texto de nuestro autor.

Hay un punto, sin embargo, en las primeras páginas del libro, con el cual disiento parcialmente, y con el cual comenzaré mi tarea crítica. Klimovsky muestra claramente en su obra, y con ello concuerdo plenamente, que el *método científico* ya no es tratado como el remedio para todos los males, ya no es considerado como el oráculo acerca de lo que está bien y lo que está mal en ciencia. El método científico no es más (ni menos) que un conjunto de tácticas y estrategias, que el epistemólogo observa como exitosas cuando el científico las aplica. Pero, y aquí aparece el desacuerdo, según el autor, sólo las tácticas pueden variar de disciplina en disciplina, y pueden modificarse a lo largo de la historia, tanto en el pasado como en el futuro. Las estrategias, si bien pueden ser diferentes cuando se pasa de las ciencias formales a las fácticas, y si bien existe la posibilidad (no avalada pero tampoco excluida definitivamente por el autor) de que no sean las mismas cuando pasamos de las ciencias naturales a las ciencias sociales, reinan, sin embargo, en las ciencias

naturales, casi, podríamos interpretar, de una vez y para siempre, si bien admiten importantes modificaciones. El método hipotético-deductivo y el método estadístico, ambos en sus diferentes variantes, configurarían la condición determinante de una disciplina y de una teoría para ser consideradas científicas. Son dichas estrategias las que condicionan o determinan el *status* de fruto de la actividad científica y no a la inversa.

La flexibilidad y amplitud de criterio que muestra Klimovsky es grande, ya que desgaja por una parte tácticas de estrategias y, aun en relación con estas últimas, permite su variedad en relación con los grandes grupos: ciencias formales, ciencias naturales y ciencias sociales. Sin embargo, a mi modo de ver, ello no es suficiente. Pienso que no podemos arrogarnos la certeza de saber qué sucederá en el futuro con respecto a dichas estrategias. Si Aristóteles, que estuvo a un paso de encontrar el método hipotético-deductivo, como nos lo relata Klimovsky en su libro, pero que no lo encontró, se hubiese arrogado la certeza de que su método demostrativo era el *método por antonomasia*, diríamos ahora que se equivocó. No sólo se encontró posteriormente el método o la estrategia hipotético-deductivista, sino que se desarrolló también la estrategia estadística. ¿No nos puede ocurrir a nosotros algo similar a lo que le ocurrió a Aristóteles y a tantos otros? ¿No es razonable pensar que las estrategias hipotético-deductivista y estadística, así como nacieron y crecieron, pueden también no sólo multiplicarse y mutar sino tal vez morir, reemplazadas por otras más exitosas, más eficaces? ¿Por qué no darle al método científico el derecho no sólo al progreso sino a la caída y al reemplazo, como se lo hemos comenzado a dar a las teorías recién en este siglo?

Vuelvo ahora a mis coincidencias con el autor. El método científico no ha sido derrotado o desbancado, como pretenden muchos filósofos. Simplemente, como toda la ciencia, se ha vuelto más humilde, ha perdido su calidad de oráculo fundamentalista científicista. Se ha humanizado. Es una conjetura.

Todo esto es visto como la caída de la ciencia o de la razón por muchos filósofos, cuando en realidad se trata de la caída de la certeza dogmática. *Se trata tal vez del mayor éxito de la búsqueda cognitiva a lo largo de la historia*. Tampoco es el éxito del escepticismo. El escepticismo es soberbio, no tiene nada de humilde. El pensamiento científico contemporáneo tiende a un humilde reconocimiento de sus límites, lo que le da posibilidades de éxito que no tiene ninguna actitud soberbia, ni fundamentalista ni escéptica. La humildad no es aquí solamente un valor moral. Es una promesa de éxito y eficiencia. Porque retroceder a tiempo y probar otros caminos en lugar de insistir sobre vías muertas promete resultados indudablemente más eficaces.

Las desventuras del conocimiento científico, el viejo fundamentalismo científicista y el nuevo fundamentalismo posmodernista no consiguen sino promoverlo, junto con el conocimiento artístico y filosófico, tecnológico y

con el que nos proporciona el sentido común, hacia el más alto grado de sublimación intelectual cognitiva que ha conseguido la especie humana.

La obra consta de dos partes. En la primera, el problema del método científico sirve de pretexto para desarrollar un grande y variado, pero sistemático, conjunto de temáticas que hacen al corazón de la epistemología. Queda para la segunda parte la exposición de temas más puntuales, igualmente importantes.

Ya en los dos capítulos iniciales se puede observar la unidad de tratamiento, profundo y a la vez altamente didáctico y sutilmente entretenido, de temas como la interrelación entre ciencia, método y conocimiento científico, lenguaje, verdad, contextos de descubrimiento, justificación y aplicación. La corriente anglosajona impregna sistemáticamente los tratamientos de un modo muy especial, donde las ideas personales del autor lo independizan de posiciones conocidas de antemano, dando al texto una originalidad que permite apreciar los contenidos de una manera al mismo tiempo similar y diferente a los de los grandes maestros de dicha corriente.

Un excelente ejemplo de ello es el tratamiento del problema de la observación a partir de los puntos de vista de la base empírica filosófica, epistemológica y metodológica. Su defensa de una *base empírica epistemológica no cargada de teoría científica* es una muestra de lo que acabo de decir. Otro ejemplo, en cuanto a su independencia de criterio respecto de otros autores de la corriente anglosajona, es su tratamiento de las *reglas de correspondencia* como prácticamente equivalentes a las *hipótesis puente*. Nos dice explícitamente que éstas no implican igualdad de significado, con lo cual se aleja taxativamente de la idea del neopositivismo, en cuanto a ser consideradas como canales de transmisión de significado, aunque sea parcial, desde lo observacional hacia lo teórico. Otro interesante tratamiento clave es la diferenciación entre las nociones de *evento* y *acontecimiento*, que le permite evitar el desalojo del psicoanálisis del campo de la actividad científica.

En los capítulos 3 a 5 el autor se ocupa de la fatigosa tarea de presentar la base lingüística y lógica del discurso científico. Lamentamos que no haya usado algunas líneas para contar, aunque más no fuera anecdóticamente, las dificultades que encierra la tarea del lógico formal en el sentido de que los términos lógicos reflejen de manera cabal lo que se quiere decir cuando se usan términos correspondientes en el discurso cotidiano, que, como Klimovsky aclara, no es totalmente eliminable del discurso científico. Valga como ejemplo el problema del condicional. En ese sentido, el lenguaje lógico formal, si bien rigoriza el lenguaje, evitando ambigüedades y, cuando ello es

posible, vaguedades, tiene una riqueza informativa menor que el lenguaje cotidiano. Es tarea permanente de muchos lógicos formales contemporáneos la de intentar llenar esos huecos lógicos. Algo dice, en cambio, nuestro autor en relación con la diversidad de lógicas.

Con respecto a los enunciados de teorías científicas, es interesante notar la disposición del autor en el sentido de considerar que se pueden aceptar como leyes enunciados que son generalizaciones existenciales, aun cuando no sean mixtos, es decir, aun cuando no posean un cuantificador universal.

Los capítulos 6 y 7 se ocupan del problema de la verificación de los enunciados científicos. Cuando Klimovsky analiza las ideas de Aristóteles acerca de la verificación y las compara con las ideas actuales, dice que según las tendencias contemporáneas “la ciencia es fundamentalmente un discurso y el análisis de la ciencia sería el análisis del mismo. Para Aristóteles, una ciencia, aunque se exprese por un discurso, tiene una temática que es extralingüística y que corresponde a los objetos, cosas o entidades que integran la realidad en la que estamos inmersos. La ciencia, desde el punto de vista aristotélico, se ocupa de cómo es esta realidad y tiene la osadía de pretender fundamentar nuestro conocimiento de las cosas. No es una aventura meramente lingüística”. Creo que la ciencia actual se relaciona, en cierto sentido, con lo que dice Aristóteles: es cierto que la epistemología contemporánea se ocupa del discurso científico, es decir, de las teorías (entidades lingüísticas) producidas por los científicos. Pero los científicos se ocuparon y se ocupan de las cosas; cosas que pueden constituir sólo una ontología fenoménica si dichos científicos son, *qua* filósofos, instrumentalistas o empiristas radicales, o pueden ser una realidad que va más allá de lo meramente fenoménico si son, *qua* filósofos, realistas. Pero es claro, en cualquier caso, que se ocupan de las cosas. Justamente el fruto de dicha labor es la teoría, que es el objeto lingüístico del que se ocupa el epistemólogo. Es cierto que el párrafo de Klimovsky: “la ciencia es fundamentalmente un discurso y el análisis de la ciencia sería el análisis del mismo”, se podría interpretar en el sentido de que es el análisis (epistemológico) de la ciencia (y no el que realiza la ciencia) el que resulta un análisis del discurso; pero si ésa fuera la interpretación correcta, desaparecería toda diferencia fundamental con la tesis aristotélica, diferencia enfatizada por el autor.

Un punto muy interesante de destacar pues se separa de las posiciones habituales, es su aceptación de algún tipo de inducción en el contexto de descubrimiento y no en el de justificación. Esta es una posición exactamente opuesta a la de Hempel, para quien las hipótesis (aunque no se verifican) se confirman probabilísticamente de manera inductiva. Sin embargo, más adelante, morigera levemente su posición, aceptando la versión probabilístico-estadística de la inducción como una “metodología atenuada” en el contexto de justificación.

Klimovsky desarrolla, en los capítulos 8 a 12, lo que denomina “método hipotético-deductivo en versión simple”, incluyendo su concepción de lo que son las teorías científicas, así como un caso ejemplar (la teoría de Darwin) e importantes aplicaciones. Magistral y didáctico, la pluma fluye sin trabas, con toques metafórico-dramáticos que son en muchos casos realmente admirables o con arrebatos de fino humor, no exentos de sarcasmo. A modo de ejemplo: “En esta concepción del método, la vida de una hipótesis (o de una teoría) es dura, trágica, y para cada una de ellas podría escribirse acerca de su nacimiento, pasión y muerte. Ante el problema que debe resolver, la hipótesis nace, pero luego empieza el terrible proceso de contrastación por medio del cual se la intenta aniquilar. Ella resiste, pero constantemente es agravada por nuevos episodios de contrastación hasta que, finalmente, la refutación termina con ella en un dramático episodio de muerte epistemológica”. Otro: “y esta vez la experiencia se realizó con crueldad, extirpándoles a los peces sus ganglios olfativos. (La repulsa que al autor le producen estas prácticas le impediría dedicarse a la biología experimental, y sin duda preferiría ser psicoanalista, que según se sabe es un médico judío con horror a la sangre.)”

Debo destacar la interesante y útil distinción que el autor hace entre las nociones de *testeo* y *contrastación*.

Se reconstruye la vieja teoría de Darwin como ejemplo del método hipotético-deductivo en versión simple. Esta excelente y ya famosa reconstrucción de Klimovsky, acompañada de un didáctico diagrama, permite constatar la complejidad que puede tener una teoría a pesar de no poseer leyes teóricas puras (de tercer nivel).

En un punto de la discusión, Klimovsky señala, entre varios ejemplos de predicción de la teoría de Darwin, el de las famosas polillas o mariposas nocturnas de Liverpool. Querría acotar aquí que ese ejemplo es el de una predicción a partir de la hipótesis de supervivencia del más apto, pero no de la selección natural. Las polillas de color claro que dejaron de pulular por Liverpool cuando las paredes se ennegrecieron en la época de la revolución industrial, siendo reemplazadas por polillas oscuras, no desaparecieron totalmente. Simplemente (y de acuerdo con las ideas contemporáneas acerca de la genética de poblaciones) se redujeron a un porcentaje pequeño, debido a que los predadores las atacaban con mayor facilidad. Del mismo modo, las polillas oscuras existían en el Liverpool prerrevolución industrial, pero en un porcentaje muy bajo. El reemplazo no se debió a variaciones (o, en términos actuales, a mutaciones) sino a que se invirtieron las proporciones de polillas que ya existían. Lo mismo cuando se limpió la ciudad y nuevamente se recuperó el viejo porcentaje, tanto de polillas claras como oscuras. No es ése, en cambio, el caso de la inmunidad bacteriana o de la mosca de la fruta. Allí sí la predicción surge a partir de la hipótesis de la selección natural.

Otro punto desarrollado magistralmente es el de las experiencias cruciales, donde se discuten cuatro hermosos ejemplos. Aquí el autor hace gala de su original diferenciación entre experiencias cruciales de primera y segunda especie.

Los capítulos 13 y 14, con los que termina la primera parte, tratan de lo que el autor denomina “método hipotético-deductivo en versión compleja”. Se refiere a que la pretendida refutación posible de la teoría específica se diluye frente al hecho de que otras teorías o datos pueden ser los “culpables” de la falla de alguna consecuencia observacional. Es interesante su taxonomía de datos, hipótesis colaterales auxiliares (factoriales y existenciales), colaterales subsidiarias e hipótesis y teorías presupuestas, que cortejan la teoría específica como presuntos “sospechosos” en una novela policial.

El nombre y las ideas de Popper sobrevuelan permanentemente estos capítulos, así como muchos otros del libro. Indudablemente se advierte la influencia que este filósofo ha tenido en las ideas del autor, independientemente de que dichas ideas sean favorables o contrarias a la posición de aquél. Tal vez se podría decir que Klimovsky lleva consigo un Popper internalizado, con el que se pelea y reconcilia permanentemente.

En estos últimos dos capítulos de la primera parte del libro, el autor llega al punto culminante de su fundamentación del método hipotético-deductivo. Es interesante notar que el método ha sufrido variantes que lo colocan al borde de la posición de Lakatos y, en algún sentido, del mismo Kuhn. Las actitudes metodológicas denominadas en el texto “conservadoras” que apoya el autor se asemejan mucho, como él mismo lo dice, a las ideas de Lakatos y Kuhn al respecto. También se relaciona con las posiciones de estos filósofos la idea de rechazar en lugar de refutar una teoría, en relación con la opinión de la comunidad científica: lo que Klimovsky denomina “refutación por cansancio”.

La segunda y última parte del libro trata importantes problemáticas epistemológicas puntuales, en las que sigue sobrevolando el tema del método científico, que es indudablemente el *leitmotiv* de toda la obra. Los primeros tres capítulos se ocupan de la explicación científica y de la reducción.

Se estudian pormenorizadamente las tesis clásicas acerca de la explicación científica, en especial la explicación nomológico-deductiva y la explicación estadística. Es interesante y original la manera como se plantea el tema de la explicación potencial y, en especial, las pocas pero iluminadoras líneas acerca del método predictivo inductivo de la abducción.

Dice Klimovsky que en su opinión “no es del todo importante efectuar la distinción entre generalizaciones que podrían ser leyes y otras que podrían

no serlo". Inmediatamente contrapone lo dicho con la posición de quien escribe estas líneas "que piensa exactamente lo contrario". Pero como Klimovsky no ofrece razones para sostener su opinión (a lo sumo señala que encontraron serias dificultades quienes trataron de analizar dicha distinción), no se ofrecerán aquí tampoco las razones por las que opino "todo lo contrario". Sólo acotaré que, en primer lugar, en mis trabajos he intentado, espero que con algún éxito, analizar dicho problema. En segundo lugar, no creo que porque una noción o una demarcación entre nociones genere serias dificultades deba ser considerada como no importante. Todas las nociones filosóficas han generado y generan grandes dificultades, incluidas casi todas o tal vez todas las discutidas en el libro. Y ello no las ha vuelto menos importantes ni menos tratables. Además, por más que el autor afirme, como lo hace en el capítulo 4, que se permitirá "utilizar la palabra 'ley' en sentido amplio, es decir, como sinónimo de generalización o regularidad", él mismo no acepta que el siguiente ejemplo sea un enunciado de ley natural: "Si un ser humano es miembro de la comisión directiva de ese club, entonces es calvo". (En el ejemplo, todos los miembros son casualmente calvos.) Klimovsky dice: "en un principio la afirmación general expresa una regularidad, aunque nadie diría que ésta es una ley natural sino el producto de una simple casualidad".

La explicación parcial y la explicación genética son discutidas brevemente, mientras que se analiza con mayor amplitud el problema de las explicaciones teológicas. Por último, se destinan algunas líneas a analizar el posible deslinde entre las explicaciones por causas y por razones.

El tema de la reducción y el reduccionismo es tratado con gran seriedad y meticulosidad. Es muy interesante la manera como distingue entre reducción ontológica, semántica y metodológica, en especial en relación con las ciencias sociales y, en particular, con el psicoanálisis.

El capítulo 18 se ocupa básicamente de la epistemología y metodología de la matemática. Por una parte, es un ejemplo de síntesis. Se dice en unas pocas páginas lo que podría llenar una obra completa. Pero, como contrapartida, la densidad del texto es tal, que pienso que resultaría difícil que un lector profano interesado o un estudiante universitario que se enfrente por primera vez con esa temática pueda exprimirle el sustancial jugo que contiene. El capítulo incluye con las mismas características una medulosa crítica a la tesis estructuralista de Sneed-Stegmüller-Moulines acerca de las teorías de la física.

La complejísima temática de la epistemología de las ciencias sociales asoma en el capítulo 19 bajo la problemática de la posibilidad o no de la aplicación del método hipotético-deductivo en alguna versión a las disciplinas que tienen al ser humano como objeto de estudio. Una necesaria ampliación del método, bautizada como método hipotético inferencial, que fusiona al hipotético-deductivismo con la metodología estadística, permite al autor continuar la

búsqueda hacia la posible aplicación de dicho método —al que sigue denominando más adelante como “hipotético-deductivo”— en las disciplinas sociales.

Tanto el tema de la matematización como condición de cientificidad, como el del libre albedrío o el de la negación de la existencia de leyes o causalidad en dichas disciplinas, son discutidos breve pero profundamente, lo mismo que la inconmensurabilidad de los códigos culturales. Klimovsky defiende la posibilidad de la aplicación del método hipotético-deductivo aun en el caso de disciplinas como el psicoanálisis. Es de lamentar que no se plantee prácticamente en ningún momento la relación entre psicoanálisis y psicología, por una parte, y entre psicoanálisis y medicina por la otra, como disciplinas no sólo teóricas sino también terapéuticas.

Con el capítulo 20, dedicado al problema de los términos teóricos, el libro llega, a juicio de quien escribe estas líneas, al punto culminante de la obra, tratado con gran profundidad, soltura, didáctica, originalidad y capacidad de síntesis. Se destaca la original manera como se funde, bajo la denominación común de “operacionalismo”, el operacionalismo clásico de Bridgman con la técnica de las oraciones reductivas de Carnap, sin por ello dejar de aclarar sus diferencias. El tema del realismo está tratado de manera impecable, en especial el difícilísimo punto referente a la manera como la teoría da o no da, o hasta qué punto da significado a los términos teóricos, y el problema de aceptar la existencia de las entidades a que dichos término refieren.

Los últimos cuatro capítulos de la segunda parte y del libro discuten lo que el autor denomina, muy sugestivamente, “epistemologías alternativas”. No podemos dejar de conectar la connotación de dicha expresión con las de “medicinas alternativas” y “ciencias alternativas”, por ejemplo. Los capítulos 21 y 22 se ocupan de Kuhn. El primero trata aquella parte de las ideas de Kuhn con la cual Klimovsky concuerda en líneas generales. El segundo, en cambio, realiza una fuerte crítica a lo que el autor denomina “el Kuhn fuerte”, en relación, entre otros temas, con la tesis de la inconmensurabilidad de paradigmas.

Las treinta y dos páginas (casi el ocho por ciento del libro) dedicadas a Kuhn muestran, tanto en las coincidencias como en las fuertes disidencias, un gran respeto por dicho filósofo. Sin embargo, al comenzar el tratamiento, se le escapa al autor una referencia peyorativa hacia Kuhn, que sólo puede atribuirse a un shock emocional desencadenado por la enemistad filosófica manifiesta entre Kuhn y el omnipresente Popper. Dice Klimovsky: “El más popular de los ‘nuevos epistemólogos’, aunque quizá no el más ingenioso, es Thomas S. Kuhn”.

Creo de interés señalar el reconocimiento que hace Klimovsky del profundo cambio de muchas posiciones del último Kuhn, en especial en lo referente a la racionalidad del cambio de teorías. Entiendo que esto incluye, aun-

que no se menciona de manera explícita, la modificación del concepto de incommensurabilidad, que permite, según Kuhn, la comparación entre teorías y el hecho de que Kuhn ha dejado de usar la noción de paradigma, para pasar a referirse directamente a teorías.

Deseo señalar especialmente la referencia que hace el autor, en el último párrafo del excelente capítulo dedicado a Lakatos y Feyerabend, a su posición en defensa de lo que denomina “dogmatismo ontológico” y “escepticismo metodológico”, pues me siento totalmente consustanciado con dicha idea.

Las posiciones de Bachelard, Althusser y Piaget son explicadas y criticadas de manera sintética pero seria.

La obra termina con un formidable broche final: “La ciencia en el banquillo de los acusados”, dedicado a la firme y decidida defensa de la causa de la ciencia, frente a los ataques que ha recibido y recibe en las últimas décadas.

No puedo sino destacar que se trata de un excelente texto, introductorio y más que introductorio, para estudiantes y docentes universitarios y para el público culto en general, que llena un importante vacío en la bibliografía epistemológica ligada a la corriente anglosajona en nuestro país y, me atrevo a decir, en toda la lengua española.